

La Novela de I·loy

30
ctms.



guiones
DEL
destino

Por
MENDEBURGOS y COLOMBINE


Yema ed.

“Anotaciones de un oyente”

(CORTES CONSTITUYENTES)

POR


W. FERNANDEZ FLOREZ



Este libro único, histórico por su asunto y por la calidad de sus páginas, contiene todas las crónicas publicadas últimamente por el gran humorista.

(Ilustraciones de Sirio.)

6 PESETAS



C. I. A. P.

Librería Fernando Fe. Puerta del Sol, 15

MADRID

ESTA OBRA NO
SE PRESTA

TABLET
1933

LA NOVELA DE HOY

Año XI

Director: PÉDRO SAINZ RODRÍGUEZ

Núm. 510

ESTABLECIMIENTO EDITORIAL

Madrid, 4 de marzo de 1933

ESTABLECIMIENTO EDITORIAL

R-4889-A

Guiones del Destino

POE

GARMEN DE BURGOS (Colombine)

Ilustraciones de POMAREDA



EDITORIAL ATLANTIDA

LIBRERIA FERNANDO FE. — Puerta del Sol, 15. — Madrid

C. I. A. P. — Príncipe de Vergara, 42 y 44. — Apartado 33

EN EL PRÓXIMO NÚMERO
PUBLICAREMOS

Cena de pobres

por

ALFONSO VIDAL Y PLANAS



ILUSTRACIONES DE
ESTEBAN

PÓRTICO

Con la República y con la ideología triunfantes en el mundo después de la Gran Guerra, se ha registrado en España un positivo avance, venturoso y simpático del feminismo militante.

Son hoy muchas, afortunadamente, las mujeres que han logrado destacar con ventaja y mérito su personalidad, subrayando con caracteres firmes su enérgico perfil intelectual. Son legión las mujeres sinceramente preocupadas no sólo de los problemas que les atañen de modo directo, sino de aquéllos otros, de más amplia envergadura, de más universal alcance que, en el orden intelectual, social y político, son hoy el contenido cogitativo del fervor humano.

En España, en este sentido, las cosas, de unos años a esta parte, han cambiado mucho. Pero, precisamente por esto, es honesto, es útil, es justo, es casi obligatorio, gritarles a esas falanges de esforzadas y gentiles y ágiles luchadoras el deber en que se hallan de rendir homenaje a las que, en los inicios de este

movimiento, en la dificultad de la incomprensión ambiente, frente a todos los obstáculos, luchando con valentía, fueron las precursoras valerosas e inteligentes que les prepararon el camino, que les facilitaron el triunfo.

Entre todas estas precursoras, acaso ninguna tan admirable como la gran escritora Carmen de Burgos. Todas las conquistas que la mujer ha logrado en España han tenido en ella una combatiente esforzada, una definidora audaz, una entusiasta propagandista. Todas las reivindicaciones a que aspira la mujer han tenido en Carmen de Burgos capitana decidida.

¿Quién puede presentar una hoja de servicios más nutrida de bellas y buenas acciones en pro del triunfo decisivo del feminismo?

Dejando de lado esto que es innegable, concurren además en la obra de Carmen de Burgos, desasida de su aspecto polémico, como pura obra literaria, todas las virtudes de liberalismo social, de contenido humanista, de ideología avanzada que convierten a su autora en uno de los más sólidos, más fuertes, más inteligentes caudillos del renacimiento espiritual de España.

La vida de Carmen de Burgos—admirable mujer y escritora admirable—es un claro ejemplo, limpio y honesto, que ofrecer a las militantes de hoy. Una vida consecuente y libre. Un acto de responsabilidad.

Recientemente, ha declarado Carmen de Burgos que no tiene nada de que arrepentirse, y que si volviera a nacer está segura que volvería a cometer los mismos disparates.

Estos "disparates" a que alude y que no hallamos en su obra literaria, son las válvulas mediante las cuales este gran temperamento de escritora y de artista ha dado libre escape a la bondad generosa de su gran alma de mujer.

RAFAEL MARQUINA

I

Se habían conocido las dos mujeres hacía pocos días en la taberna del Vizcaíno, donde Nati tenía la costumbre de comer con su familia todos los días de fiesta.

En aquella especie de restaurante, cercano a la Moncloa, donde se admitían comidas, había música los días festivos, y los comensales podían bailar y divertirse.

De paso en Madrid, el azar había llevado allí a doña Paca, y desde el primer momento de verse las unió un viva simpatía. Nati misma no se daba cuenta de por qué llegaba con su nueva amiga a las confidencias más íntimas, raras en ella, que tenía un espíritu reservado, autoritario, en consonancia con su tipo: alta, delgada, morena, con aspecto de tiesura y presunción.

Tal vez las unía la atracción de los tipos y temperamentos opuestos que tendían a completarse. Con su figura amazacotada, monumental y congestiva, doña Paca inspiraba confianza a Nati. Aquel rostro rubicundo, sudoroso de grasa, que no se contraía por sobra de carne, le parecía a Nati el espejo de un alma

serena, quizás influía también la seguridad de próximo y definitivo alejamiento de doña Paca, a la que no volvería a ver, cuando dentro de pocos días, se volviera a Barcelona. No era como las vecinas, a las que hacía blanco de sus humores atrabiliarios y en las que se fijaban su envidia y sus rivalidades, como si segura de su vida anormal, supusiera los fisgoneos y comadrerías con que la rodeaban. Era esa especie de confianza con que algunas mujeres se entregan al viajero que no han de volver a ver lo que haría a Nati experimentar el consuelo de una confesión general, que quedaría tan olvidada como si la hiciera en un lejano confesonario.

—Le aseguro a usted que esa chiquilla, que le parece tan buena, no la puedo soportar—decía Nati.

—¿No es hija de usted?

—Es hija de mi hermano Antonio—que Dios haya—; me la tuve que traer cuando se quedó huérfana porque no tenía más pariente que yo, al fin y al cabo. Pero se parece tanto a su madre, que fué la perdición de mi hermano y la vergüenza de la familia, que no la puedo tragar.

—¿Qué le sucedió?

—Son cosas que no gusta contarlas. Es mejor que se olviden. Nosotras nos venimos de Málaga, porque en Madrid se pierde uno entre tanta gente y nadie se entera de lo que no le importa. Yo tengo dos hijas y un hijo, que deseo colocar bien y que no paguen culpas ajenas.

—Ese es un deseo muy natural.

—Y espero conseguirlo. Mi hija, la mayor, es algo

mujerona y rozagante, con una salud y una juventud que Dios la bendiga, y que ahora dicen que no está en moda.

—No haga caso, digan lo que digan, a los hombres y a los perros les gusta la carne.

—Pues claro. A esa seguramente la podré casar con un mecánico o con un comerciante acomodado.

—¿Y la otra?

—Esa es distinto; no es flaca, pero está más de moda. Parece una virgencita. A esa la caso seguramente con un ingeniero. Es lo que la pega.

—La sobrinita de que hablábamos es una niña todavía.

—Ca, no señora; Carolina, a la que su madre dió en llamar sólo Lina, como a la perrita de doña Amalia, tiene ya quince años. Es que está muy esmirriada y flacucha, y no será porque no come, que en lo tocante a eso, la trato mejor que a mis hijas. El mejor bocado es para ella. Ahí donde usted la ve, tiene quince años.

—Pues no los representa.

—No crea usted que para algunos no es ya tan niña. Le confesaré a usted que le tiene vuelto el juicio a mi hijo, y creo que a mi marido también; pero ése me importa menos.

—Yo pienso que debe ser al revés.

—No. Mi marido no se puede ya casar con otra. Y si no es ésa será la de más allá la que me ayude a llevar mi cruz. Ya sabe usted aquello "de los hombres, el mejor, asadito y con limón".

—Pero, pensando usted así, y no importándole su sobrina, ¿por qué le preocupa el chico?



—Primero, porque está demasiado débil, y segundo, porque me le puede pillar y casarse con él.

—Todo quedaba en casa.

—Dios me libre. Será como su madre. Ya sabe usted aquello “por donde salta la madre, salta la hija.” Mi chico, cuando acabe su carrera de abogado, y se meta en política y en los periódicos, puede casarse hasta con un título. Ya ve usted que yo puedo tener una nueva condesa o marquesa.

—¿Entonces qué piensa usted de la sobrina?

—No sé.

—¿Dice usted que tiene historia trágica?

—Sí. Su madre era cupletista. Se casó con mi hermano, y como no tenía él lo bastante para vivir, tuvo que dejarla que siguiera cantando... y ¡vaya usted a saber!

—¿No se llevaban bien?

—Como los ángeles, porque no se veían. El era marino mercante. Se escribían cartas muy tiernas, pero siempre que venía se peleaban.

—¿Por qué?

—El padre no traía dinero, ya se sabe lo que es la vida del marino si no se alegra un poco en los puertos. Ella era una hormiguita. Tenía dinero, porque no le costaba gran trabajo ganarlo. Cuando el marido se lo gastaba armaban las guerras civiles. Y le aseguro que mi hermano era muy bueno. Le gustaba una copa como a cada quisque, eso es de hombres; pero era muy cabal.

—¿Y qué pasó?

—Parece que a última hora para ella se encalabrino con un pintor, que decía que era mejor que su

marido, porque no bebía vino y no quería vivir con mi hermano. El quizás la hubiera dejado en paz, y hasta creo que habían arreglado sus intereses. Pero los compañeros le comenzaron a hacer burla, él tenía una copa y lo que pasa... Le buscó la pícara su perdición.

—¿La mató?

—La dejó seca de un tiro, y luego volvió el revólver y se mató él. Por no ir a la cárcel, que no la ha pisado nadie de mi familia.

—¡Pobre hija!

—El milagro es que no la matara, porque Lina estaba al lado de su madre.

—¿Y la vió morir?

—¡Ya lo creo! A ella y al padre.

—¡Cómo se quedaría la infeliz!

—Como estúpida. Cuando entraron estaba en un rincón, con los ojos muy abiertos, sin moverse ni decir nada. Más de un mes estuvo sin hablar.

—Era para haberse quedado tonta.

—Algo de eso hay. Tiene la manía de que lleva retratada la muerte de sus padres en los ojos, y de pronto los abre y se queda con ellos fijos, saltones, de un modo que da miedo. Antes contaba que veía a la madre muerta y al padre sobre el fondo negro de la puerta, y que se tambaleaba y se caía. ¡Pobre hermano!

—¿Y se le ha quitado esa impresión?

—Creo que no; pero como se reían ya no cuenta nada. A lo mejor se queda con su mirada de loca, pero guarda silencio.

—¿Y qué hace?

—No sirve para nada. Tiene los demonios en el cuerpo como su madre. Es tan feúcha y flaca, que si no fuera por los ojazos y la pelambreira rubia que tiene no se la podría mirar; pero posee una gracia que atrae a todos. No sabe más que cantar. Eso sí, tiene una voz que parece de ángel. Como su madre.

—Pues mire usted, yo no le quiero ocultar que he venido a Madrid en busca de algunos números para un Gran Café Concert que tengo en el Paralelo, en Barcelona. Si la chica tiene voz y es así rara... podía servir.

—Me haría usted un favor llevándosela, pero había que hacerlo sin que se enteren mi marido y mi hijo... ¡Ya comprende usted!

—¡Claro! Pero había que contar con ella.

—¡Eso ni que decir tiene. el arapiezo no puede ver a nadie de la familia. Es una chica arisca. Está siempre huyendo de los hombres y como medrosa, Seguro que por no ver más al tío ni al primo se irá encantada.

—Pero querrá a usted y a sus primas.

—Motivos tiene. Pero a mí no me traga porque le digo lo que era la madre, y ella la quería más que al padre. A mis hijas las tiene envidia, ya lo notaría usted ayer en la taberna, donde nos conocimos; al lado de mis hijas no era nadie. Y son de una edad cuatro o cinco años más o menos.

—Nadie lo diría.

—Es que mis hijas son guapas de veras. Dos tipos distintos. La pequeña a mí, y la mayor al padre, aunque la boca es mía. Esa se casará con un mecánico y la otra con un ingeniero.

—Sí, ya me lo ha dicho usted.

—Las educó como Dios manda. Todos los domingos hago los filetes y la tortilla y nos vamos a comer toda la familia a casa del Vizcaíno; menos el chico, que como es estudiante, se ha puesto más raro, y todo lo encuentra cursi. Después ni más salidas ni más entradas. Mis hijas no son de las que están en medio; y eso que llaman la atención. Siempre hay alguien que nos convide.

—¡Natural!

—Y eso que yo no soy como el vecino del principal, que sale al café con las dos niñas que tiene y se sientan a reventar las sillas, sin tomar nada, hasta que encuentran quien las convide. Mi marido es carrocero y gana para la familia, y hasta para darle a su otra mujer cuando le hace falta. Gracias a Dios no le pedimos a nadie y no falta un duro para cuando es menester. Aunque estoy haciendo el anejar a las niñas, que irán de ropa como la propia reina.

—Eso esé bien.

—Es que yo soy muy arreglada, aunque me esté mal el decirlo, y no como la mujer de mi marido que tiene las manos rotas. Ya llevamos veinte años juntos. Algo verá en mí, que le falta a ella, con bendiciones y todo.

—Bien, pues parece que la suerte ha hecho que nos juntemos. Soy viuda y sin hijos. Por doña Paca Terrones, la dueña del Gran Café Concert del Paralelo se puede preguntar en todo Barcelona, y no habrá quien no diga que es mujer de posibles y de conducta. Si usted quiere me llevo la niña.

—¡Hecho

Un apretón de manos de las dos mujeres puso la fir-

ma en el trato, donde se jugaba la suerte de la huérfana.

II

—Vamos, Lina, tu número va a comenzar, ¿qué haces ahí? ¿No sabes que vas después de Rosita?

La voz de entonaciones, agrias, se filtraba por las rendijas del *camarín* de madera empapelado con periódicos viejos, estrecho y mal oliente, e hizo levantar a Lina su cabeza de rizos rubios y revueltos para sacudir la somnolencia que se había apoderado de ella.

Pasos tardos y arrastrados, que debían corresponder a la misma persona que había hablado, resonaban en la roñosa y carcomida escalera. Lina, temerosa de la reprimenda, metió los pies desnudos dentro de los zapatos de baile y se abrochó el trajecito azul, que apenas cubriale los muslos.

Crujió el *camarín* bajo el peso del corpachón de la señora Paca, dueña del Gran Café Concert, como ella llamaba pomposamente al peor café cantante de Barcelona, y al mismo tiempo resonaron abajo unas palmadas imperiosas.

—¡Lo estás viendo!—dijo la mujerona, al mismo tiempo que sujetaba por el brazo a la muchacha, dispuesta a escaparse—. ¡Siempre has de salir así! No sé cómo no te patean. Ven que te arreglo un poco.



—Si me entretiene usted será como llegaré tarde. Déjeme.

—Por gusto mío no importa que llegues tarde. ¿Acaso no soy yo la dueña? Que esperen esos cochinos. Lo necesario es que cuando te quites el vestido lo hagas con gracia y no como si te desplumaras.

La mano, de dedos cortos y gruesos, cubiertos de sortijones palpaban el cuerpecito frágil de la muchacha, que parecía huir del contacto y se contraía en un gesto de repugnancia resignada. La mujeraza se sintió molesta.

—¡Cuidado que eres arisca, chiquilla! ¡Ni que yo te fuera a comer! Anda, anda, que el público se impacienta.

La empujó escaleras abajo y la siguió con una mirada codiciosa. Aquella muñequilla, tan flaquita y tan sosa, era la que proporcionaba los mejores ingresos a su tugurio.

No podía la señora Paca adivinar el éxito que esperaba a Lina la primera noche que se presentó en el escenario. Todos creían ver en la admisión de Lina la perspicacia de la mujer acostumbrada a su *negocio*, pero sólo la había guiado, al principio, una inexplicable condescendencia para amparar a la muchacha, de la que tan trágica historia le refirió a su tía. Ella, como todas las demás gentes de la casa, creyeron que el público, acostumbrado a las mujeres opulentas que se movían en el escenario y las que subrayaban las frases de los *cuplets* en boga para hacerlas más groseras, no transigiría con la escuálida figurilla, apesar de su voz magnífica y sus grandes ojos inocentes. Su boquita grana cantaba las mayo-

res crudezas como si saliera una oración de sus labios, y acababa desnudándose *castamente*, sin un gesto excitante, al mostrar el cuerpo andrógino casi insexuado.

No comprendían por qué milagro de perversidad colectiva el público acogió a Lina como si aquella inocencia fuera mil veces más iniciadora que la declarada procacidad de las otras.

Doña Paca veía con satisfacción cómo aumentaba su clientela de noche en noche, con el público ávido de sensaciones, que desfloraba con los ojos a la artista, descubierta de un modo tan casual.

Aquella noche, de sábado, en la que se vuelcan en los espectáculos públicos los que tienen que privarse de ellos por su trabajo los demás días de la semana, el café estaba lleno de ese público, espeso y grosero, con puntos y ribetes de burguesía, a cuya incompreensión y exigencias tienen tanto miedo las artistas. Lina hubiera querido no trabajar aquella noche y que la sustituyese alguna de esas compañeras deseosas de atraer la atención de los ricachos que las deslumbraban luciendo solitarios en sus dedos de uñas sucias, pero doña Paca no lo consintió.

Sólo había un palco vacío en toda la sala, y la atención de los habituales se había reconcentrado en él, como si esperasen una aparición maravillosa.

—Ya veréis—comentaba una de las floristas, en un grupo de artistas de la casa que, después de haber terminado su trabajo tenían la obligación de salir a la sala para incitar a los clientes a hacer gastos—como ese palco lo tiene reservado a algún *pez gordo*.

—Sí, sí—dijo con guasa una morena muy pintada—; algún príncipe ruso por lo menos, como los que acosumbran a venir por nosotras.

—Ya sé que no vienen por ti ni por éstas—respondió, picada la florista—, pero pueden venir por otra.

—¡Oye! ¡Oye!—protestaron todas—. ¿Quién vale aquí tanto para que nos desprecies así?

—No os desprecio; pero la que llama la atención es Lina, de la que tanto os reíais antes de que debutara, porque es flaca y sosa.

—¿Y qué tendrá esa sardina para gustar así?—exclamó una.

—Yo no sé, hijas; pero todas las flores que me compran son para tirárselas a ella, y la otra noche, todos aquellos periodistas que estuvieron aquí, decían que era una artista muy grande, que tenía unos ojos que hablaban solos y no sé cuántas cosas más. Hasta dijeron que era *única* y que no debía estar en este tugurio, que se la tenían que llevar.

—¡Que te oiga doña Paca, con lo que quiere a la dichosa niña!

—Como que es la que más le vale.

—Y quién sabe si por algo más. De esa hay que temerle todo. Algunas de las que han medrado a su vera podrían hablar.

—¿Y si fuera hija suya? La verdad es que nadie sabe de dónde viene.

Un parroquiano que llamaba a la florista interrumpió la conversación. Al mismo tiempo, un remover de sillas, en el palco vacío, hizo que todos los ojos se fijaran en aquel punto.

Dos señores, con lujosos abrigos de piel, constituían un acontecimiento nunca visto en el café de doña Paca, donde la mayor parte de la selecta concurrencia iba de gorra y pañuelo al cuello.

—¡Atiza!—exclamó el pianista, sorprendido—. ¡Si es el empresario del *Folies*, el mejor conciero de Barcelona. En cuanto lo vea doña Paca se desmaya, porque ése viene por Lina.

Un siseo prolongado hizo callar las conversaciones. El foco proyectó su luz violenta sobre la escena, y apareció Lina, con su aspecto de colegiala, dentro de su traje azul.

Desgarbada, triste, pálida, aquella artista casi niña, se imponía desde el primer momento. Las procacidades del *cuplet* se deslizaban de la púrpura de su boca sin que un movimiento de mal gusto las destacase, solamente sus magníficos ojos relucían como alumbrados por una luz interior o una fiebre ardiente, en su mirar alucinado. Con aquella cosa de estar contemplando algo que las demás no podían ver. Las manos finas, blancas y alargadas, eran como *manos-alas* que podían hacerla desaparecer en la inesperada maravilla de un vuelo.

Lina parecía no darse cuenta del público, empezó y terminó, como era su costumbre, sin mirar a nadie; seria, reconcentrada, casi trágica; solamente cuando en el último *cuplet* empezó a desabrocharse el vestidito azul, para ofrendar su desnudez al público, alzó la pureza infinita de sus ojos hacia el techo, y permaneció inmóvil bajo la lluvia de flores que la azotaba y le producía un escalofrío con la frescura.



—¿Qué te parece, Andrés?—le preguntó al empresario del *Folies* el periodista que le acompañaba.

—Has descubierto una mina, Antonio; esa niña es una artista extraordinaria y sugestiva. Pero hay que llevársela de aquí y educarla, antes que la Paca la devore. Convidala a cenar mañana con nosotros y estipularemos las condiciones para contratarla. Esa criatura dará mucho que hablar.

—¿A qué esperar a mañana? La comprometo en cuanto acaba su número.

—¿No hace *cabaret*?

—Se lo impide doña Paca.

—¿Y no tiene amante?

—Va siempre sola y es arisca como una perdiz.

—Pues vamos a buscarla.

En el escenario se produjo un gran revuelo con la presencia del empresario potentado. Nadie tenía duda de que se iba a llevar a Lina.

“Perlita”, el modisto que vestía a toda la compañía reclutada por la empresaria, y cuyo tipo ambiguo y redicho hacía reír a sus clientes, corrió, todo escandalizado, a llevar la noticia a la señora.

—¡Ay ¡Ay, Paquia; que me parece que te quedas sin tu niña!—chilló, entrando de rondón en el cuarto reservado a la *dirección*, donde doña Paca hacía en aquel momento sus cuentas.

—¿Qué dices, hijo?

—Que en ese palco que se ha vendido con tanta anticipación para la función de esta noche ha estado don Andrés, el empresario del *Folies*, con el redactor jefe de *El Eco*, y ahora están los dos en el

escenario trabajándole el cuello a Lina para llevarla.

—¡Imposible! ¡Eso no puede ser!—exclamó la mujerona, dando tal puñetazo en la mesa que hizo crujir las tablas—. ¡No lo consentiré! Corre y tráeme a Lina.

Estaba encendida y convulsa, como si se le iniciara un ataque de emiplejía.

—¡Ay! No te pongas así, por Cristo. Voy a buscarla.

En el último peldaño de la escalera se encontró con Lina, que se detuvo sorprendida de verlo tan descompuesto y asustado.

—¿Qué te pasa?—le preguntó.

“Perlita”, sin poderse contener, soltó el torrente de su indignación.

—¿No lo sabes tú? ¿A qué vienes con estos señores?

—Eso no te interesa.

—Demasiado lo comprendo. Serías capaz de irte, si pudieras, y dejar a Paquita, cometiendo la más negra ingratitud.

Aquellas palabras despertaron la indignación de Lina. Una sonrisa de alegría, de triunfo, de deseo satisfecho, dilató sus labios finos por vez primera en su vida. Con los ojos chispeantes, exclamó:

—¿Ingratitud en irme? ¿No me ha martirizado ya lo bastante? ¿No le he pagado ya con creces lo que me haya podido dar? ¿Es que pensábais que iba a resignarme a morir aquí, en este ambiente asfixiante, entre esta mugre.

—¡Ay, hija mía; qué cosas dices tan románticas!

—respondió “Perlita” sin inmutarse—. Todo eso está muy bien, pero doña Paca no te dejará ir.

—¿Cómo podrá impedirlo?

—Con tu familia que te vendió.

—¡Mientes!

El periodista intervino:

—Vamos, señorita. Mejor es evitar escenas desagradables. Doña Paca tendrá mucho cuidado en no trabar cuentas con la Policía estando yo por medio. Ya se tranquilizará. Este señor nos disculpará con ella. Vamos.

Pero “Perlita” ya no la oía. Iba escalera arriba a socorrer a doña Paca, cuya inmensa mole se había desplomado al escuchar las últimas palabras, presa de hipo y sollozos histéricos.

—¡Ay, Jesús, qué desgracia!—exclamaba “Perlita”—. ¿Pero qué tendrá esa niña para trastornar así a todos? Debe haber nacido de pie.

Lina, sin cuidarse de cambiar de traje, se envolvió en su modesto abrigo y salió presurosa y altanera por la puerta del escenario, sin mirar atrás, sin decir adiós a nadie, pisando fuerte, abierta la nariz voluptuosamente al frescor de la noche, con la sensación de haber traspasado de un salto la frontera que separaba la sórdida miseria del café de doña Paca del brillante escenario tan acariciado en sus ensueños.

III

El teatro, rebotante de un público ansioso de conocer a la nueva artista, cuya vida íntima se comentaba en los periódicos con esa libertad típica de Buenos Aires, tenía un aspecto que, apesar de su brillantez, sacudía los nervios. Se notaba esa especie de saña, de deseo de fracaso que suele acompañar a los artistas famosos. Los comentarios envenenados enrarecían el ambiente. *La Censura* había publicado un artículo ensañado, con detalles calumniosos de la vida de Lina; pero, lejos de perjudicarla, la aureola de escándalo había conseguido despertar la curiosidad de las ávidas sensaciones, que acudían a contemplar no a la artista aplaudida en Europa, sino a la mujer de quien tantas cosas picantes se contaban.

En el *hall* del teatro, como preparados a un asalto, los autores y los periodistas, pasaban revista a los que iban entrando y lanzaban al aire comentarios que iban a clavarse en ellos como flechas. Algunos pasaban deprisa, con una especie de anhelo, como si realmente hubiesen sentido penetrar en su carne la cervatana envenenada. Las mujeres miraban de reojo el peligroso grupo, semiocultas entre las pieles de sus abrigos, los cuales ceñían más a las caderas con un movimiento instintivo de acorazarse en ellos.



Pomareda

En toda la sala se comentaba el artículo de *La Censura*.

—Ese periódico—decía un caballero—a fuerza de hablar mal de todo el mundo ha perdido ya su eficacia. Es como esos espadachines de profesión a los que ya nadie teme. Lina no corresponde al retrato que pinta de ella Mínguez.

—Mínguez es un amargado. No deja en paz a nadie, y realmente es un poco fuerte lo que dice de Lina.

—¡Bah! Menudo favor le ha hecho. En estos tiempos vale más una censura que un elogio. De las mujeres guapas se piensa siempre que han sido débiles con los que las elogian sin medida. En cambio, parece que la diatriba nace del despecho y de la envidia.

—¿Es cierto—preguntó un periodista, rubio, con cara de ingenuo—que Lina despidió a Mínguez de su hotel cuando fué a pedirle dinero, y que le tiró una palmera al salir?

—Sí... Todavía lleva la espalda blanca de polvo—repuso otro periodista—, y eso que hace más de una semana. Es hombre que usa poco el cepillo.

No cesaron las risas hasta que apareció una dama alta, soberbiamente vestida con un abrigo de chinchilla.

—Es hermosísima—dijo un peruano.

—¿No la conoce usted?

—No.

—Es la viuda más hermosa de Buenos Aires, la viuda de Mendoza, a la que llaman “el caballero Mendoza”.

—Tiene una belleza trágica.

—Escalofriante. Se dice que ayudó a bien morir al marido cuando fueron a Europa, administrándole un poco más del arsénico recetado por el médico.

El siseo de la parte de público que va de buena fe a solazarse en los espectáculos, sin importarle lo demás, interrumpió las conversaciones y obligó a cada uno a ocupar su sitio.

El telón de un teatro de varietés parece al levantarse la tapa de una caja de sorpresas, de la que se espera ver salir un mundo nuevo: la cupletista de voz de cristal, el músico maravilloso, el prestidigitador incomparable y la bailarina con aspecto de mariposa.

Preludió la música unos compases, y luego atacó con brío la canción. La figura grácil y delicada de Lina apareció en el escenario ataviada con un traje 1870, un traje del pueblo francés, sencillísimo, que hacía revivir un momento la época de la guillotina.

La desilusión de las damas que llenaban el teatro, y que sólo habían ido por ver los modelos de París, fué enorme.

—¡Ni una joya!

—Alpargata y percal.

La hostilidad del público era cada vez más acentuada.

Pero Lina parecía no notar nada. Sus ojos se habían dilatado de aquella manera extraña que le daba un aspecto de iluminada. Parecía no mirar al público y tener perdidas sus pupilas en el vacío. Era como si contemplase algo que no veía nadie más que ella.

Cantaba como hipnotizada, presa de un delirio de fiebre, y se iba poco a poco apoderando del audito-

rio. Aquella figurita frágil, febril, comunicaba a todos una emoción de tragedia.

Hubo un momento en el que su cantar se fué debilitando hasta convertirse en un sollozo, y el público estalló en una ovación delirante. El genio de la artista había triunfado de la frivolidad del ambiente. El arte había suplido al lujo y hecho olvidar su modesto vestido. Triunfaba aquel arte con que madrigalizaba cada frase; la fuerza de sugestión de aquellos grandes y luminosos ojazos que parecían llenar toda su cara pálida, con palidez mate, entre la que su boca era apenas, vista desde la sala, un rojo punto de fuego.

En el entreacto se hicieron los comentarios más vehementes. Las mujeres, quizás por no parecer celosas, eran las más enusiasmadas.

—Es monísima—comentaban unas niñas bien.

—A mí—dijo una de ellas—me ha contado Julio que es un encanto; fuma opio y toma cocaína.

—Y ha venido de Europa sin matriz—añadió confidencialmente otra.

—¡Claro—aseveró la primera—, como ella es una mujer moderna y eso ya no se lleva!

Todos tejían sus historias alrededor de Lina, de acuerdo con las informaciones de *La Censura*: un príncipe se había suicidado por ella; un rey la llegó a ofrecer su corona; había arruinado a muchos hombres y poseía una perversidad amorosa tan vampírica, que al evocarla ponía escalofríos voluptuosos en los comentaristas y hacía palidecer de envidia a las mujeres.

Nadie hubiera creído que aquella mujer pudiese

tener un espíritu tan sencillo como su aspecto, y deber el triunfo sólo a su arte.

Lina tenía ya la *obligación* de confirmar su leyenda escandalosa.

IV

No había podido sustraerse Lina a la necesidad de que el empresario ,acompañado de los principales escritores y de los abonados más pudientes tuvieran la satisfacción de lucirse en su compañía después del triunfo.

La había defraudado América al llegar a ella por el Río de la Plata. Quizás había sido la casualidad de llegar en un día nublado y lluvioso, con un cielo tan gris como las aguas, sucias y cenagosas, que bañaban a Buenos Aires.

No era aquella la América de sus ensueños. Sin darse cuenta del avance de la civilización, ella hubiese querido la América de las novelas antiguas. La América con negros y palmeras, criollas que sólo se llamasen Tula, mecidas en hamacas por esclavas con abanico. Que todo se convirtiese en lo que fué la Isla de Cuba en 1830. Por lo menos hubiera querido el Buenos Aires del tiempo de Rosas, que las mujeres llevasen la escarapela roja en los cabellos negros y los hombres con largas patillas. ¿Valía la pena de



atravesar el mar para encontrarse las calles tiradas a cordel, llenas de humo de gasolina y las tiendas abarrotadas de elegancias europeas?

—¿Qué piensa usted, Lina?—le preguntó el empresario con tipo de indio, pómulos salientes y nariz chata.

—Pienso que si yo fuera presidente de la República obligaría a conservar todo lo nacional y típico del país, la fisonomía de la América remota.

—Yo sería entonces un salvaje—dijo uno de los compañeros de automóvil.

—No quiero ni pensar que desapareciera este auto y encontrarme dentro de uno de los carromatos de nuestros abuelos—exclamó otro.

—Y sin luz eléctrica.

—Ni teléfono.

—Y no la hubiéramos podido traer a usted de Europa.

Reían todos con la mejor gana de la idea, y Lina acabó por reír también. Indudablemente, tenían razón. La disgustaba el absurdo de querer tenerlo todo a un tiempo: presente, pasado... porvenir.

Su entrada en El Tropezón, el café característico, que era el punto de reunión de artistas, periodistas y millonarios, envuelta en su blanca capa de armiño, que había resaltar su delicada belleza y el oro de su cabellera, produjo gran sensación. Ella lo notó y tuvo, apesar suyo, un gesto de indiferencia desdénosa.

Los amigos desconocidos que la rodeaban no la lo-graban interesar. Estaba acostumbrada a aquellas amistades rápidas, sin trascendencia, vanidosas, que

sólo gozaban presentándose en público con la *estrella*, con aires de conquistadores u hombres de mundo.

Tenía la impresión de que los hombres eran iguales todos, en todas partes, y que al cambiar de país apenas se cambiaba de paisaje.

Había sentido ansia de países exóticos. Creyó que iba a encontrar el país ideal en aquel continente al que iba precedida de su fama de gran artista y sentía un gran desencanto.

El gran salón de El Tropezón, dividido en compartimentos, y cubierto de espejos, estaba completamente lleno de gentes que no la interesaban; pero el empresario se creyó en el deber de mostrarle las grandes figuras.

—¿Ve usted aquel señor de nariz curva y ojos saltones?

—¿El que parece un ave de rapiña?

—El mismo. Es nuestro gran actor nacional, Parovaquio. El público se lo permite todo... hasta que diga palabrotas en escena. Se mete el público en el bolsillo. Aquel otro gordito, de cara lisa y pelo lacio, es su rival en el éxito, el único que puede hacerle sombra, pero es tan prevenido que ha puesto una peluquería.

—¿Y aquella señora?

—Es la esposa del autor de *Sueño de Primavera*, teatro de vanguardia. Tiene más amantes que perlas su collar; pero él la adora y la consiente todos los caprichos... hasta ese.

Seguía entrando gente sin cesar. Los grupos se hacían más nutridos. Las mujeres, bien vestidas y muy pintadas, reían fuerte y rivalizaban en hacer admi-

rar sus trajes y sus joyas. Ninguna de ellas hubiera ido si no pudiera lucir cada noche una nueva elegancia. Se observaban desconfiadas, temerosas de verse de pronto eclipsadas por el mayor lujo de alguna de ellas. Los hombres, poco preocupados de la inteligencia de sus compañeros, las exhibían orgullosos de su belleza, y más aún de su lujo.

Tenían ellas la seguridad de que no las abandonarían mientras las vieran deseadas por los otros; pero que la pasión acababa con el menor signo de decadencia. Era frecuente que, de pronto, desapareciera alguna de las más elegantes y apareciera su compañero con otra nueva conquista hecha en los escenarios o en los *cabarets*. Algunas veces eran ellas las que cambiaban su amante por otro más ostentoso, y el desdeñado se hundía en el anónimo, sin que jamás provocase el abandono de uno o de otra escenas de odio. Se resignaban, tanto ellas como ellos, a perder su puesto sin reclamar los juramentos hechos en momentos apasionados, seguros de que el que abandonaba sería de piedra para mantener su resolución, y que su egoísmo estaba por encima de su sensibilidad.

Los artistas y escritores que habían asistido al debut se acercaban a la mesa de Lina para ser presentados a ella, y agotaban las hipérboles y los elogios, sin que les prestara atención.

—Cuidado, Lina—advirtió el empresario—; que viene ahí el gran conquistador de mujeres de Buenos Aires.

—¿Quién?

—Julio Méndez.

—¿Ese moreno, alto, grueso y guapo?

—¿Pica usted ya?

—No tenga miedo. Los conquistadores no son terribles para mí.

—Es un hombre al que no ha resistido ninguna.

Tal vez me ha reservado a mí ese honor la Providencia.

Julio se había acercado, y ella sonrió un poco burlescamente cuando hicieron su presentación, al notar el empaque de hombre terrible y elegante.

De pronto, su ojos se fijaron en un extremo de la sala y se puso de pie, con el semblante lleno de alegría.

—¡Luis, Luis!—llamó.

Se levantó un hombre, de regular estatura y aspecto dulce.

—¿Por qué no venía a saludarme? Siéntese aquí a mi lado.

Y sin darle tiempo de formular una disculpa añadió:

—Es don Luis Núñez, el médico del trasatlántico en que he venido. Un excelente compañero que me ha librado del enojo del viaje y de las galanterías de los pasajeros.

V

Luis era el único de los nuevos amigos que, dejando a un lado galanteos y frases banales, había sabido captarse la simpatía y la confianza de Lina. Ella se sentía satisfecha del amigo, un poco confidente y consejero, lleno de tolerancias desinteresadas, que no molestase con el obligado tema del amor y el deseo. Era el amigo al que le podía hablar de todo, el reemplazaba a su lado a la amiga que ella no podía tener, porque conocía demasiado a fondo la mezcla de celos y envidia, de malquerencia y de rencor, que casi todas las mujeres ponían en su amistad. No había tenido nunca una amiga de quien hacerse querer y fuese capaz de comprender sus confidencias y su sinceridad. El medio de frivolidad en que vivía despertaba en las compañeras más envidia y rivalidades que amistad. Había llorado en silencio muchos desengaños y traiciones, de las que creyó amigas leales y ahora se refugiaba en el compañerismo masculino pensando que el hombre, que en amor suele ser tan falso y mudable como la mujer, cuando brinda amistad desinteresada sabe ser más sincero y leal.

Luis era para ella el acompañante amable, espiritual y bueno, que su soledad necesitaba, la entretenía con su charla amena y solía prevenirla de co-

sas de las que no había sospechado. La solía guiar sin aconsejarla.

Aquella tarde calina, que reblandecía el asfalto de la calle y ponía pesadez de plomo en los cuerpos, se habían quedado en el *hall* del hotel, aunque a Lina le aburrían esas reuniones en las que dominaba una rigidez estúpida.

Las mujeres, sin un movimiento espontáneo, parecían maniqués de cera, y los hombres le daban la sensación de que estaban movidos por hilos invisibles, escondidos entre su traje.

—¿Se aburre usted, Lina?—le preguntó Luis—. ¿Quiere usted que vayamos a Palermo?

—¿A qué? ¿A contemplar la hilera de autos parados en medio de la Avenida, o dando vuelta alrededor de un laguito muy mono, con sus nenúfares y sus cisnes; para que las mujeres luzcan sus trapos y se sientan admiradas?... No... Muchas gracias.

—Hace unos días que está usted aburrída de todo.

—Es verdad. La semana que viene me voy al Mar del Plata. Aquí hace mucho calor. Llevo ya cuatro meses en Buenos Aires y es preciso emprender de nuevo el vuelo.

—¿Hacia Europa?

—Desde luego, pero dando la vuelta por Chile, Perú, el Canal y Cuba. Son los países que me seducen.

—Sin embargo, no son esos los contratos que más le convienen a usted entre los muchos que la ofrecen.

—Cierto, pero usted ya me comprende. Mi alma no es capaz de echar raíces en ninguna parte. En una ciudad me detiene más tiempo su encanto, en otra



me aleja su materialismo; ya me quedo por disfrutar de la luz de un cielo hermoso o ya me voy porque me cansa ese mismo cielo. Una amistad me detiene, un desengaño me apena y me hace huir.

—¿No será eso necesidad de algo fundamental que llene su corazón?

—Para una mujer de mis años no hay fundamental más que el amor, y precisamente es de lo que yo huyo.

—¿Huye usted del amor?

—No me he explicado bien. Del concepto que del amor tienen los hombres... Pero no me haga filosofar. Me pongo inaguantable.

—Hay quien dice que la interesa a usted demasiado Julio.

—¿Y usted lo cree?

—Lo he pensado, al menos al hablarme usted de cómo su alma apasionada y sensible (no proteste usted, que su frivolidad no me engaña) tienen miedo al amor como lo interpretan ciertos hombres; enamorados de sí, de su vanidad y de su vicio de conquistadores.

—En efecto, ése es el tipo de Julio, pero no se trata de él. Después de todo es un buen muchacho, con una vanidad demasiado grande... Me lo presentaron a raíz de mi llegada. Se creyó en la obligación de enamorarme y está mortificado en su orgullo, desorientado, sin saber ya él mismo si me ama o me odia. Desde luego, que él influye en mi deseo de irme; pero no por huir de su amor, sino de las escenas ridículas que todo hombre se cree en la obligación de ha-

cerle a la mujer que lo rechaza. Me mortifica la derrota ajena.

En aquel momento la puerta giratoria del hall dejó paso a Julio Méndez, acompañado de tres jovencitas, vestidas con estudiada extravagancia.

Aunque fingió no ver a Lina fué a ocupar una mesa cerca de ella.

—El galán se defiende de sus desvíos—dijo Luis—, viene acompañado de tres niñas bien.

—Déjele usted. Está en juego su amor propio. Mírele cómo se inclina sobre esa adolescente..., la vestida de verde..., le enciende el cigarrillo más con los ojos que con el fósforo, y hace como que no me ve. ¡Desea mortificarme el pobrecillo! Son los últimos baluartes de su derrota. ¿Le parece a usted que nosotros nos fuésemos al Tigre? Aquello es más verdadero, y río adentro hay rincones deliciosos.

—Creerá que está usted celosa.

—¡Qué importa! Creo que usted me conoce y es el único cuya estimación y amistad me importan.

Se pusieron de pie. Con su claro traje de verano, Lina parecía aún más joven. Entre los encajes de su turbante se destacaba nitidamente la cara de marfil antiguo y los grandes ojos azul oscuro lucían en todo su esplendor.

Al pasar junto al grupo Julio salió a su encuentro.

—Perdóneme usted, Lina; no la había visto. ¿Quiere usted permitirme que le presente a mis amiguitas. Son de la sociedad, y están rabiando por hablarla, pues ya la conocen y la aplauden.

Sin dar lugar a la respuesta de Lina, llamó a sus acompañantes.

—Che, venite. Voy a satisfacer el deseo que vos tenés de admirar de cerca a Lina.

La artista y las señoritas se estrecharon las manos ligeramente, y Lina se volvió hacia Luis.

—Perdóneme, Julio. No nos podemos detener. Queremos llegar temprano al Tigre.

Las muchachitas se escandalizaron graciosamente.

—Pero, por Dios—dijo una de ellas—. ¡Si eso ya no se lleva! Nadie va al Tigre. Es el paseo que ha quedado para los nuevos ricos.

—No los dejaremos que se vayan sin tomar algo con nosotros—protestó Julio—. Un vermut. Decíde-la tú, Luis.

No hubo más remedio que aceptar. Las niñas comenzaron una conversación de críticas y comadre-rías acerca de gentes que Lina no conocía.

La muchacha vestida de verde parecía contrariada del cambio de su rendido admirador de unos minutos antes.

—Esto está muy aburrido—dijo, tirando su emboquillado—, debíamos ir a un teatrillo nacional.

—Indudablemente, le gustaría a esta señora conocer nuestras cosas—dijo Julio.

Lina encontró la ocasión de vengarse.

—Esas curiosidades—dijo—están bien para estas señoritas. Yo prefiero la cursilería del Tigre. Vamos, Luis.

Se habían puesto todos de pie. Julio estaba obligado a ceder al capricho de sus amiguitas, pero aprovechó el momento en que éstas se envolvían en sus echarpes y sus capas de gasa para acercarse a Lina y suplicarla en voz baja:

—¿Cuándo nos vemos? Necesito hablar con usted.
Ella, respondió en voz alta:

—Siempre que usted quiera puede verme aquí,
amigo mío.

Mientras Julio se inclinaba para disimular su turbación, salió apoyada en el brazo de Luis.

—¡Che, pues de cerca no vale nada!—comentó una de las jóvenes.

—Ni siquiera se le nota que tome cocaína—dijo otra.

—Pero, hija, si parece una burguesa—añadió la tercera—. Ni siquiera va pintada.

—No debe tener plata—dijo la primera—, porque si tuviera joyas buenas se las pondría.

—Y no llevaría esos vestidos tan pobretones.

—¿Y es ésa la mujer que no te lleva el apunte?
—preguntó, maligna, la del traje verde.

—No tiene por qué llevármelo—dijo él, con desdén.

—Vamos—añadió la jovencita—, que todo el mundo dice que *vos te tenés enfocado los miradores* y que vos tiene loco.

—A mí no me tiene loco más que vos, nena linda.

VI

—No, Lina; no soy de esos hombres que dicen que *les gustan las mujeres*, como si se tratase de una fruta apetitosa, que se coge al azar del canastillo. Sin dejar de tener las debilidades que se pueden llamar *propias del sexo*, porque obedecen a un instinto avasallantes, yo deseo una mujer, un espíritu, una compañera.

Ella lo escuchaba con los ojos entornados, como si le pareciera que la voz de Luis salía del cañaveral, como la música arrancada a un arpa eólica.

—Yo he soñado con un hombre así...—susurró.

—Es difícil que los hombres podamos ser como usted sueña aún, y como todas las mujeres sueñan alguna vez. Nuestros enemigos son los propios hombres y las propias mujeres, La fidelidad, el pudor, que no son privativos de un sexo, se consideran ridículos en el hombre. No ser como todos es atentar al privilegio que se han abrogado todos.

—¿Y usted?

—No soy perfecto; pero siento la atricción. Llegaría a serlo si encontrase la amiga que pudiese admirar, estimar y querer.

—No sabemos nada de nuestro pasado.

—El mío es sencillo. Mi madre se quedó viuda con seis hijos. Yo, el mayor, tenía nueve años. ¿Sabe us-

ted lo que es la infancia al lado de una madre viuda, entristecida, viéndola luchar todos los días para conservar su virtud y mantener a su familia?

—Debe ser una felicidad.

—No se burle, Lina.

—No me burlo. Un hogar pobre y digno es envidiable para quien ha vivido la miseria del abandono..., la suciedad de todos los vicios... Para mí que aún llevo dentro de los ojos la escena de sangre en que mi padre, borracho, mató a mi madre, culpable y desdichada... y se suicidó después.

—¿Es posible?

—Nunca se lo he dicho a nadie. No sé por qué hablo con usted hoy de esta tragedia decisiva en mi vida. Tenía diez años y no la he olvidado nunca. ¿Sabe usted lo que es marcar un alma con un hierro candente?

—¡Calle usted!

—Y luego... maltratada, perseguida... la virgen asustada que huye y, al fin, se trueca en dueña por la fatalidad... Sin amor. Teniendo que beber el vino de la frivolidad para escapar al desprecio y al asco de la vida.

—¡No hable así, por favor!

Ella, al ver la exaltación de Luis, pareció calmarse.

—Verdaderamente, tenían razón las amiguitas de Julio. El Tigre es cursi. No hemos debido venir.

—No tome usted ese tono, Lina; me hace más daño que el otro. No recordemos esa gente aquí. Vea que el Tigre es un paraíso, una tierra en formación.

Más cerca de lo puro, de lo primitivo de la Creación.

—Pues hablemos en ella de usted, Luis. Siga esa confesión que ha comenzado no sé cómo. Hábleme de ese hogar suyo. De su madre.

—¡Pobre madre! Cuantas veces la oí decir, hablando sola, apesar suyo: “¿qué comerán mis hijos mañana?” “¿Qué hacer para pagar la casa este mes?” “¿Cómo comprar la medicina que necesita el pequeño?” Y la veía pálida, adivinaba que no comía lo necesario, veía lucir el quinqué de petróleo, a cuya luz trabajaba hasta que salía el sol.

—¿Y sus hermanos?

—Todos sufrimos, todos la dimos disgustos..., y dos, los más buenos y trabajadores, los que pudieron darle algún alivio, murieron cuando ya habían logrado el triunfo... No se padece en vano una infancia de privaciones y escasez.

—¿Eran todos varones?

—Dos hermanas. Una, desdichada en el matrimonio, renueva la tragedia del hogar materno...; la otra... fué débil... acaso fuerte; ¡que sea feliz!

Había dejado caer la cabeza sobre su pecho, y sus cabellos, espesos y abundantes, rozaban las mejillas de Lina.

Ella pasó la mano dulcemente sobre su cabellera.

—Pobre niño—dijo con ese acento de la mujer que mece cuna—. ¡Pero y usted? Hábleme de usted.

—Tengo mi plaza de médico sanitario y navego en los barcos que traen emigrantes españoles. Vivo dominando mi pesimismo. Una vida vacía, porque

ya no tengo madre, ni nadie necesita de mí. Procuro aliviar a los que sufren.

—¿Y pasa usted temporadas aquí?

—Hasta ahora, no. Yo no sabía, o no quería saber, que me quedé porque usted estaba aquí.

—¡Luis!

—No la he engañado a usted. Me he querido engañar yo. Pensar que le veía a usted el alma buena, y que usted necesitaba por lo menos un amigo entre todo lo sucio que la rodea.

—¡Verdad!

—Y yo no pensaba aumenar el número de los que la molestan con sus exigencias. Pero el amor ha ido creciendo en mi alma. Yo no he amado hasta ahora; ¡y la adoro, Lina! No puedo callar más.

—Estoy desconcertada, Luis. No había pensado en el amor entre nosotros... Es un amor tan extraordinario y tan puro el suyo.

—Extraordinario, sí... Pro, no. No puedo engañarla, Lina... Yo la deseo.

Hubo un momento de silencio. Parecía elevarse un himno en el rumor de los cañaverales.

El islote daba sensación de mecerse como una barca.

El olor de agua y hierba se hacía afrodisíaco.

Luis había cerrado los ojos para no ver el enojo de Lina, y sintió la sorpresa de los brazos desnudos que lo apretaban contra el seno, y la voz, cálida y baja, que murmuraba:

—Soy tuya.

VII

—Estás triste, Lina.

—No lo creas.

—Muy linda. Demasiado linda.

Sonrió ella con una sonrisa amplia, como si en aquel único piropo que llegaba a sus oídos fuese el eco de la admiración de las multitudes que estaba acostumbrada a escuchar.

—Me estoy poniendo quizás un poco gordita de más.

—No debe importarte, desde el momento en que a mí me gustas de todas maneras.

—Perdona que no crea eso y siga pensando en estar bonita para gustarte.

—Yo aseguro que estás muy bien.

—He cambiado mucho. Cuando debuté, a los quince años, era feúcha, flaca..., y, sin embargo, tuve suerte.

Luis no contestó. Su rostro se había puesto sombrío y su mirada huía de Lina.

—¿Qué tienes? ¿Te has enfadado ya?

—Sabes que no me gusta oírte recordar el pasado.

—No recordaba nada que te pudiera molestar.

—Basta con que se hable de una época en que no me pertenecías.

—Per eso es como de otra existencia. Yo he nacido en tus brazos.

Se estrecharon uno contra otro y se besaron apasionadamente. Al separarse Lina tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Lo ves. Tú no eres feliz conmigo.

—¡Qué locura

—Te falta algo.

—No.

—Confíesamelo.

—Pero si es una niñería.

—Cuál?

—Ni siquiera eso. Una cosa vaga, involuntaria, subconsciente y ajena a nosotros.

—Deseo saberla.

—¿No te enfadarás?

—No.

—¿Me lo prometes?

—Prometido.

—No sé... es que debe vivir dentro de nosotros más de un alma sola; y que cada una es diferente.

—¿Tienes alguna que no me quiere?

—Todas te adoran, y cuantas más tenga, más te adoraré.

—¡Zalamera!

—Es la verdad... pero.

—¿Qué?

—A veces siento la nostalgia del teatro.

—Porque no eres completamente mía.

—No es eso. Tal vez es por ti mismo. Te enamorate en mí de la mujer que era. ¿Por qué transformarme en otra?

—Yo no puedo soportar ver alrededor tuyo todo lo que lleva unido la vida de teatro.

—Pero si tú habías eliminado de ella todo lo molesto. Si ya eran compatibles el amor, con toda su dignidad, y el arte con toda su pureza, al lado tuyo.

—¿Y no te basta el amor solo?

—Sí. Era y es el deseo de toda mi vida. Por realizarlo un minuto solo como tú lo realizas hace ya tanto tiempo hubiera dado la existencia toda.

—¿Entonces?

—Quisiera unir al amor el arte. Quizás para merecer más tu amor.

—Sería al contrario.

—Quizás, pero yo no sentiría los celos de las que se pueden mostrar a tus ojos con la aureola que te atrajo a mí, y de la que me has despojado.

—No digas eso. Te di a elegir.

—No elige el que no tiene más que un camino.

—¿Cómo?

—Sólo tenía un medio de conservarte. Eres para mí lo primero y renuncié a todo...

—Con dolor.

—No hay renuncia que no lo lleve envuelto.

—Y según disminuye tu amor lo sientes más.

—Mi amor no amengua, Luis. Sería un amor más alegre; eso es todo.

—Te ruego que no me hables de eso. Me desespera ser incomprensivo, egoísta, hacerte sufrir, pero la repugnancia que me inspira el teatro es superior a todo. Es como entregar parte de ti a los demás.

Disimuló ella en un beso su contrariedad, y entraron enlazados del talle en el comedor.

Desde que se confesaron su amor, en Buenos Aires, se habían unido de una manera definitiva. Sólo se separaron para volver a Europa.

Luis tenía que embarcar de la Argentina a Barcelona, y ella había de cumplir los contratos aceptados ya en América. Aunque la belleza de Chile y de Cuba la cautivaban, su pensamiento constante era llegar al lado de Luis. Sin él le parecía todo incompleto. Era como si necesitase que miraran los ojos de Luis para que vieran los suyos. Por vez primera descansaba de las alucinaciones de la muerte de sus padres. La imagen de Luis sustituía la imagen trágica.

Así es que dejó contratos, lo atropelló todo, no se cuidó de la propaganda ni de la fama. En su alma no había lugar más que para el amor de Luis.

Pero ése había sido demasiado exigente al imponerle el renunciamiento total del arte. Mientras él estuvo a su lado, sin ocuparse más que de ella, Lina no sintió el vacío, pero cuando él tuvo que salir, que viajar, que hacer su vida ordinaria, el tedio comenzó a invadirla. No era mujer de entretenerse en labores caseras, a las que no estaba acostumbrada. Su ociosidad forzosa influía sobre su humor y se traducían en quejas, que solían degenerar en riñas y desacuerdos pasajeros, pero que iban dejando su sedimento en ambos.

—Tan fácil como sería amarse con todos los ideales satisfechos—pensaba ella.

—Tan felices como podemos ser renunciando a todo por el amor—pensaba él, que no tenía que renunciar a nada.

Su amor tenía fuerza para sobreponerse a todo, pero Lina no se sentía feliz. Pensaba que la fatalidad no había de dejarla gozar nunca. Ni había sido feliz con el triunfo de artista, sin amor, ni lo era con el amor sin su arte. Necesitaba planear con aquellas dos alas el vuelo de su felicidad.

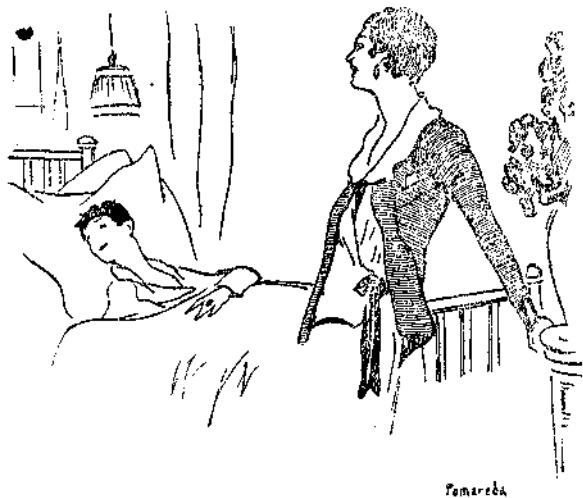
Tenía miedo a estar señalada por el mal sino desde la cuna. Sus pupilas volvían a padecer la terrible alucinación de la tragedia. A veces, Luis la sorprendía llorando, pero no sabía darse cuenta de lo que pasaba en su espíritu y se contentaba con besarla y decirla:

—¡Descontentadiza! ¡Sufrir con lo mucho que yo te quiero! Dios te va a castigar.

VIII

Sentada a la cabecera de la cama de Luis, Lina se retorció las manos de desesperación. Se acusaba, como de un delito, de haberse sentido desdichada y quejosa de su suerte cuando tenía el amor de Luis y lo veía lleno de salud y de ilusiones a su lado.

El terrible reuma tuberculoso que se había apoderado de él lo tenía ya dos años postrado en una butaca. Los primeros meses aún pudo andar algo sirviéndose de las muletas, después era preciso levantarlo y acostarlo, como a un niño pequeño. Pero aún



Lina tenía el encanto de escuchar los proyectos que trazaba para cuando la salud volviese. Lo acompañaba en ellos llena de esperanza, con esa felicidad que da el vivir el porvenir en los proyectos.

Quien traza los planes de un mañana largo es como el que vive una larga vida.

Los dos querían mantener así su ilusión y ocultarse la terrible verdad.

El mal continuaba implacable su camino y los terribles dolores que se apoderaron de él no se calmaban más que con el adormecimiento que le producían las inyecciones de morfina.

El espíritu de Luis parecía purificarse con el sufrimiento. No tenía la neurastenia, el mal humor y las destemplanzas propias de la mayoría de los enfermos.

—Déjame que me duela—le solía decir en medio de los más bárbaros dolores—, la morfina me alivia, pero me hace dormir y yo necesito estar despierto para verte, sentirte, darme cuenta de lo feliz que soy contigo.

La ceguera vino e aumentar su tristeza. Sus ojos perdían la luz, tan rápidamente, que a veces no reconocía a Lina, aunque solía decirlo:

—No necesito ojos para verte, te veo siempre.

Por fortuna, él no se daba cuenta de lo rápidamente que la enfermedad había acabado con los pequeños ahorros.

—Será preciso que yo vuelva al teatro—se decía Lina.

Experimentaba como un remordimiento de haberlo deseado tanto, cuando ya sólo le inspiraba pavor.

Se miraba ansiosa al espejo, como si se viera en él no ante ella, sino ante el público.

El espejo la asesoraba de poseer la belleza inútil, que no podía contemplar el que amaba. Segura de su hermosura, deseaba cerciorarse de sus facultades. ¿Cómo poder cantar sin ofender a Luis, que llevaba la intransigencia hasta aborrecer su canto?

Y, sin embargo, era preciso trabajar para él. El amor inmenso de Lina no concebía la idea de que el amado pudiese morir.

—El día que recobre la salud—decía—me despreciará y me arrojará de su lado por haber ido al teatro, pero yo sé feliz de verlo salvado.

Necesitaba dinero para llevarlo al sanatorio, donde le inyectaran la fiebre que había de hacer reaccionar su medula y destruir los microbios de la funesta enfermedad, y sólo el teatro podía dárselo.

Los empresarios acudían a comprometerla. Lina tenía para ellos, además de su arte maravilloso, el interés de su vida. Aquella leyenda de perversidades de vampiresa, devoradora de fortunas y de vidas, se trocaba en una especie de aureola de santidad, ante la historia de su amor y el sacrificio para salvar al único hombre amado, entre tantos hombres como se habían entrecruzado en su vida.

El que más insistía era el empresario del *Folies*. Llegaba a invocar su derecho de revelador.

—Créame, Lina. La artista que traiciona al Arte por un hombre, comete uno de los peores adulterios. Renegar del Arte es un pecado de herejía.

Al fin, la necesidad la obligó a ceder.

—Necesito, ante todo, que se opere Luis—dijo—.

Si se salva se habrá perdido para mí, pero quiero salvarlo. Deme usted el anticipo necesario y firmaré el contrato.

—Más que la firma necesito la promesa de usted de que no se arrepentirá, sea cualquiera el resultado de esa curación que usted intenta.

—Se lo prometo.

Y había llegado el momento decisivo.

Arrodillada cerca de él, con su mano en la suya, sentía el abrasar de la calentura sin atreverse ni a pronunciar la oración que salía de su alma sin pasar por los labios.

—¡Señor, que se salve, aunque yo perezca!

De vez en cuando Luis oprimía su mano y murmuraba:

—¡Agua, agua!

Sorbía ansiadamente el vaso de agua fresca que le llevaba la enfermera, y que apenas le dejaba húmedos un momento los labios.

—¡Agua, aire!—repetía de nuevo.

—¿Y si abriéramos un poco la ventana?—dijo la enfermera.

—Tengo miedo de que se enfríe—respondió Lina—. El doctor dice que pasada esta crisis está salvado.

—¡Ojalá!

—Mire como ya mueve las manos.

—Es cierto; pero da miedo verlo arder así en fiebre. Parece que lo han encendido como un brasero para asar los microbios.

—Calle, por Dios, Rosalía. No me apene más. Por fortuna la fiebre ha comenzado a descender. Ya tiene dos décimas menos.



Primarcha

—La señora es la que no puede ya más.

—Aún me quedan muchas fuerzas:

—Pues yo no me tengo ya de pie.

—Descansa un poco.

—No me atrevo a dejarla.

—No hay nada que hacer. Está tranquilo y la fiebre descende rápidamente.

—Me echaré vestida en el diván; si la señora quiere, me llama.

Apenas pasados unos minutos Luis volvió a pedir:

—¡Agua, agua, aire!

Lina se levantó para ir a coger el vaso.

El enfermo debió sentir que abandonaban su mano, con un sacudimiento de nervios.

—Lina—dijo.

Ella se quedó inmóvil, asombrada. Hacía tanto tiempo que no le oía pronunciar su nombre.

—Lina, agua, me abraso, aire...—repitió.

Quiso correr cerca de él, pero estaba como paralizada de asombro. Lo vió alzarse, ponerse completamente de pie y adelantarse hacia el balcón con ademán de querer abrirlo. Le parecía que un milagro le había devuelto a Luis la salud, el movimiento y la vista, y al mismo tiempo ella no podía moverse.

La figura de Luis se balanceaba destacándose del fondo oscuro del balcón como se había balanceado la de su padre al caer muerto.

Deseó correr a sostenerlo como había querido sostener a su padre. Un chasquido trágico, un grito, un golpe... ¡Cómo entonces! Luis, movido por la fiebre, ansioso de aire, de frescura, de vida, se había lanza-

do por el balcón del quinto piso del sanatorio y se había estrellado en las losas del patio.

IX

Todos los días se admiraba Lina de ser ella. De estar viva y de atreverse aún a presentarse ante el público. Se indignaba de no haber sido capaz de morir al lado de Luis.

—¿Qué fuerza tan brutal tiene la vida para amarrar a ella?—se solía preguntar.

Después de un mes de enfermedad grave, de una semana de luchar entre la vida y la muerte, y de dos meses de convalecencia, Lina, más bonita, más espiritualizada, más melancólica, pero menos triste, volvía de nuevo al teatro.

No quería mirar el fondo de su corazón porque la asustaba. La enfermedad de Luis, y quizás sus intransigencias, la habían libertado del amor. Cariño y compasión llenaron su alma en los últimos tiempos. Después de su crisis sentía, apesar suyo, sensación de alivio, de renacimiento. Volvía al arte como libertada.

Estaba el teatro lleno de bote en bote. La actriz favorita del público de Barcelona tenía además el mérito de ser la protagonista de una tragedia auténtica.

Bastó verla para que estallase la ovación. Quizás iban todos dispuestos a perdonarla algo si resultaba inferior a lo que había sido; pero vieron, con admiración, que Lina se superaba a sí misma.

Cantaba como un pájaro que gorjea y no se da cuenta de que canta.

Parecía el suyo un arte de sonámbula. Se escapaban las notas de su garganta como agua que fluye de un manantial. Nunca había habido en su voz tantos matices, tanto sentimiento y tanto arte.

—¡Está más bella!

—¡Más graciosa!

—¡Más artista!—comentaban todos.

La ovación era inmensa, de todas partes arrojaban una lluvia de flores al escenario.

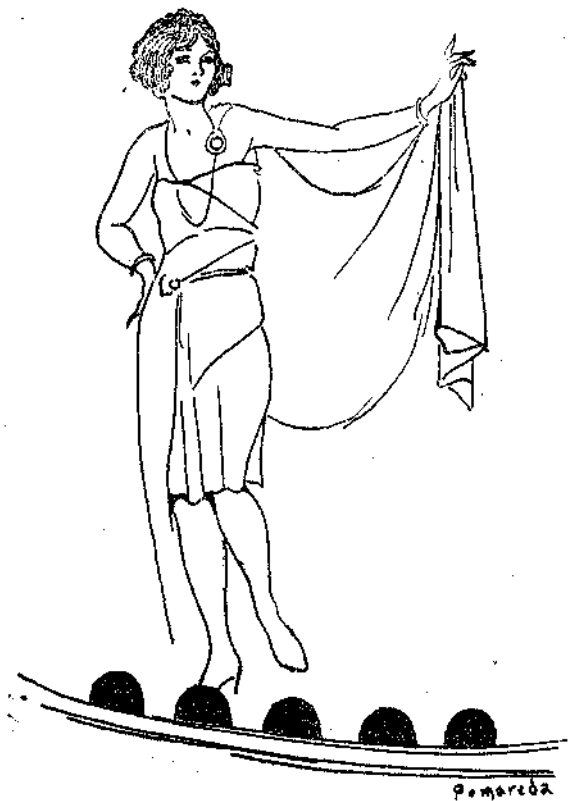
Hubo un momento en que la embriaguez del triunfo se lo hizo olvidar todo.

Asustada de sí misma, pesarosa en el fondo al creerse ingrata y egoísta, se sintió feliz como no lo había sido nunca, consciente de su belleza y de su para dejar ante ella la visión de una nueva senda. gloria.

Fué un momento en que el pasado desapareció. Algo así como el momento de felicidad suprema que pudiese enlazar una vida que acaba y una vida que comienza.

Lina avanzó por aquella senda nueva hacia el público, saludando y enviando puñados de besos que parecían materializarse y volar sobre los espectadores.

Se centuplicaba la ovación: las palmas, los gritos y la lluvia de flores.



Ella seguía avanzando. Ya no veía bien al público. Volvía a proyectarse aquella visión que parecía llevarla dentro de sus ojos: un fondo oscuro, alguien que vacila y cae...

Fué un grito de inmenso horror exhalado por el público. El telón bajaba rápidamente sobre Lina, que no se apartaba.

Por pronto que quisieron acudir espectadores y empleados en su ayuda, llegaron demasiado tarde. El enorme telón había aplastado a la actriz. La mitad de su cuerpo quedaba a la vista del público, descansando entre las flores, frescas y olorosas, que le acababan de arrojar.

X

Los admiradores más fieles habían seguido el cuerpo de Lina hasta el depósito. Se preparaba un entierro ostentoso.

Muchos rodeaban aún al doctor, deseosos de conocer detalles.

—¿Murió instantáneamente?

—¿Sufriría mucho?

—¿Se daría cuenta?

—¿Dónde ha sufrido el golpe?

La circunstancia de haber ocurrido el accidente de un modo tan raro el primer día de su presentación al público, después de la muerte de Luis, hacía triunfar la versión de que se trataba de un suicidio.

—La harán la autopsia?—preguntó uno.

—Sí—contestó, sombríamente el doctor—; apesar de la inutilidad y de lo claro del caso habrá que cum-

plir la Ley, que ordena la profanación de su cadáver. Pero no seré yo el que la practique.

—¿Por qué?

—He sido el mejor amigo suyo y de Luis..., su mayor admirador.

Miró profundamente el espiritual semblante de la muerta y añadió:

—Lo único que quisiera es que existiese el medio de revelar y ampliar lo que una gran emoción puede dejar estampado en el fondo de unas pupilas; algo que permitiese sacar la fotografía de lo que está impreso en el fondo de esos ojos, que se han quedado abiertos, mirando lo que sólo ellos veían.

—¿Cree usted?...

—Sí; yo creo que las pupilas llevan impreso lo que constituye el secreto de toda una vida, su móvil, su fatalidad. Lo que ha causado al alma la impresión decisiva de la existencia: la imborrable.

C A R M E N D E B U R G O S
(C O L O M B I N E)

**NO DEJE DE LEER
LA ESPLENDIDA E
INTERESANTE NO-
VELA QUE ACABA
DE PUBLICAR**

El Caballero Audaz



**REVELACIONES
DE UN
ESPEJO MUNDANO**

6 pesetas

CIAP. Librería Fernando Fe, Puerta del Sol, 15.-MADRID



LA MÁS INTERESANTE NOVELA DEL
GRAN ESCRITOR

ALBERTO INSÚA

ES

El amor en dos tiempos

5 PESETAS

C. I. A. P.—Librería Fernando Fe, Puerta
del Sol, 15.—MADRID

BIBLIOTECAS POPULARES CERVANTES

Esta colección constituye por sí misma una biblioteca completa, valiosa por sus obras, asequible a todo el mundo por su módico precio. Esta colección, formada mediante una selección depuradísima, publica:

**LAS CIEN MEJORES OBRAS DE LA
: : LITERATURA ESPAÑOLA : :
LAS CIEN MEJORES OBRAS DE LA
: : LITERATURA UNIVERSAL : :
LOS CIEN LIBROS EDUCADORES**

O sean: Aquellos libros que todo hombre culto debe haber leído. Aquellas obras donde está condensada la ciencia y la experiencia de cien generaciones humanas. Nada esencial falta en ellas. Ellas bastan para formar una inteligencia.

Don profesión
..... población provincia
calle núm. se suscribe a
una **BIBLIOTECA POPULAR CERVANTES**,
cuyo importe, a razón de 1,25 ptas. volumen, pa-
gará contra reembolso, por mensualidades de
CINCO pesetas.

Fecha

Firma

C.I.A.P. Apartado, 33.—Madrid.

Lea usted

SINGLADURAS

(VIAJE AMERICANO)



POR

CONCHA ESPINA

La insigne escritora expone en este libro admirable su visión originalísima de Cuba y Estados Unidos.

7 pesetas

C. I. A. P.

Librería Fernando Fe. Puerta del Sol, 1

MADRID